



SUMARIO. Don Ramon de Campoamor, por «B. Montiel». —SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Breves ideas sobre los terremotos y volcanes, (continuacion), por «L. Parral». —Despedida. A la señorita doña Camila Albarcz Seara, al marcharse á Orense, por «P. G. de O.» —La noche de difuntos. (Historieta de ultratumba) por «N. de Leyva Vizcarro». —Crónica de la semana, por «Fabricio». —SECCION OFICIAL. administrativa y de consultas. —Cubiertas y anuncios.

DON RAMON DE CAMPOAMOR

EN el número 88 de nuestra REVISTA del año último, dimos á conocer un artículo de Campoamor, que bien pudiera ser fruto de una mente inflamada por las ideas más avanzadas. Dados los antecedentes de la vida política de nuestro poeta, no prueba otra cosa, sino que el recto espíritu de justicia es innato en todo hombre de noble corazón y de génio nada comun.

Reconociendo esto mismo Castellon, y queriendo dar una prueba de gratitud á su persona, por el interés que en materia de mejoras públicas, se tomó siendo Gobernador civil de esta provincia en 1847, cambió el nombre de la calle de Villamargo con el de *Campoamor*, á cuyo funcionario deben la carretera que de dicha calle se dirige á nuestro proyectado puerto del Grao, cuya obra es hoy tan aplaudida por los hijos de esta capital; agradeciéndola doblemente, porque todos recuerdan las grandes dificultades y obstáculos que tuvo que vencer para

realizarla. Por esto mismo creemos agradecer á nuestros lectores, con una reseña biográfica, que aunque ligera, les ponga en conocimiento de lo que es, en la literatura y en la política, el funcionario que tan loablemente les administró.

D. Ramon de Campoamor nació en Navia (Oviedo) el día 24 de Setiembre de 1817.

Estudió humanidades en Vega; pero fallecido su padre, su madre, virtuosísima señora, decidió enviarle á Madrid, recomendándole la carrera de Medicina.

No siendo su verdadera vocacion el estudio de la estructura de la materia, porque su sensibilidad de poeta no se avenia con el estoicismo y la sangre fria con que deben operar los que en la autopsia buscan los secretos de los trastornos de la máquina humana, á pesar de su aplicacion para complacer más los deseos de su querida madre que los suyos propios; olvidó la Medicina para repartir su tiempo entre la Literatura, la Filosofía y la Política, cultivándolas con éxito cada día más creciente.

Su esmerada educacion, su carácter ama-

ble y su indisputable talento, hicieronle bien pronto lugar en los círculos literarios y en las tertulias de la alta sociedad, donde se granjeó innumerables simpatías conquistando con sus *Ternezas y flores*, sus *Ayes del alma* y sus *Fábulas morales y políticas*, merecida fama de poeta eminente, cuando apenas cumplía 23 años.

Ha producido el magnífico poema *Colon*, y á él se debe el nuevo género de composiciones titulado *Doloras*, que no tienen representante en ninguna literatura del mundo y que en España causaron una verdadera revolución. Mi queridísimo amigo, el ilustrado periodista Güell y Mercader, hablando de los literatos españoles contemporáneos y en particular de Campoamor, dice:

«El género romántico, había decaído, sin que ningún otro viniera á sustituirle. La juventud se había ya cansado de recitar las leyendas de Zorrilla y las delectaciones de sus lirismos tético-sentimentales: Espronceda ya no era el ídolo de la turba multa de nuestros poetas, porque no pocos de estos habían fracasado en el afán de imitarle, y además la mogigatería neo-católica le había desterrado de los salones de buen tono por revolucionario é impío: Becquer, Bernardo López García, Monroy, habían ensayado, no sin éxito, el uno nacionalizar—si así puedo espresarme—el estilo y las tendencias de Enrique Heine, y los otros reverdecer el arte clásico del moderno renacimiento, en sus verosímiles y celebradas *Odas*, que recuerdan á Quintana; cuando la muerte, privándonos de estos notabilísimos poetas dejó huérfana ó poco ménos la lírica española. Faltaba algo que viniera á llenar este vacío, y apartar á la juventud dedicada al cultivo del arte de las banalidades á que la arrastraba la sátira de circunstancias ó el sentimentalismo sin objeto; y algo que le impulsara á no pagarse de las flores puramente artificiales con que ornaba su frente la musa de los salones. Campoamor vino á llenar este vacío, indicando si no abriendo nuevos derroteros á la moderna poesía española, haciendo una síntesis de todas esas encontradas aspiraciones estéticas y filosóficas que después de luchar medio siglo sin que ninguna de ellas alcanzase completa victoria, aparecían cansadas y sin aliento, dispuestas á ceder su puesto á otros combatientes de más brío é intencion.

Los preceptistas arcaicos, los enamorados de la forma pusieron el grito en el cielo. Clamaron también, y no poco, los partida-

rios del númen antisonante, que mueve el corazón y la inteligencia con la fuerza incontrastable de la fantasía. Campoamor presentábase un poeta completamente revolucionario y anárquico en la forma y en el fondo de la espresion. En la forma desdeñaba los preceptos: en sus versos notábanse incorrecciones retóricas, nada de alambicamientos; un desaliño que parecía rebuscado; imágenes prosáicas, consonantes muy usados y repetidos, asonancias poco eufónicas y giros nada elegantes. En el fondo acusábanle, como ya he indicado, de plagiarío, (1) achacábanle poco miramiento al presentar la realidad con todas sus asperezas, y ciertas tendencias volterianas, si con delicadeza y buen gusto expresadas, solo admitidas en la conversación íntima en nuestra sociedad, más hipócrita que religiosa. Pero no se podían entonces ni se pueden hoy negar á Campoamor dos grandes cualidades: la propiedad en la frase y la trascendencia del pensamiento en todas sus composiciones, aun en las de corte más superficial y en las que su natural humorismo con más libertad discurre y campea. Nadie tampoco le negó estilo: ese estilo que no es tan solo una determinación de la forma, sino el resultado de la debida armonía entre la idea y la espresion, presentados en esferas poco ó nada conocidos en que lo bello toma aspecto de naturalidad, y de originalidad, lo nuevo.

Estas cualidades de primer orden, supera-

(1) No negó en absoluto la verdad de la acusación, se confesó plagiarío en el sentido que vulgarmente se da á esta palabra; pero esolició al propio tiempo lo que debe entenderse por originalidad, lo que lo es realmente, y á este fin sentó una doctrina que nadie hasta ahora ha razonablemente rebatido y que ha echado hondas raíces en el campo de la crítica ilustrada y digna.

Opina Campoamor, y opina bien, que en el arte hay cuatro factores: la «invención del asunto,» el «plan» de la composición, el «desgano filosófico» y el «estilo.» Ser nuevo en estas cuatro cosas es ser «original,» por mas que las ideas con que se realizan no sean del todo propias del que escribe. Y esta originalidad nadie se la niega á nuestro poeta, y en ello funda él, legítimamente, su orgullo. Sostiene, y con razon, que convertir, transfigurar en verso la prosa—sobre todo si la prosa es mala como suele ser la de algunos grandes pensadores—es cosa meritoria, pues en este caso el tono de las letras sube del ménos al más. «La idea—dice—es un mármol informe al cual el ritmo le añade las líneas convirtiéndole en verdadera obra de arte, en escultura.» Las ideas, las conclusiones que enseña la ciencia en todas sus fases, no son de ningún sábio, porque éste, para llegar á ellos, ha tenido que valerse de las ideas y de las observaciones de otro sábio anterior á él; por lo tanto, son conquistas de la civilización, convertidas en patrimonio del género humano, son propiedad del que mejor las expresa. En su géneo humorismo, dice que hay pensamientos más difíciles de sujetar que de concebir, y que en todo caso al trabajo de asimilación y de perfección de las ideas, solo se debe poner una cortapisa de versificadores: la de ser «poeta» y tener «estilo.»

ron á aquellos defectos, si defectos pueden llamarse á la resolucion de crear una estética especial, propia, naturalísima y hasta indispensable para la clase de composiciones en que nuestro autor la emplea. Campoamor es desde entonces considerado poeta popular, ligero y sencillo, y poeta trascendental. Ninguno de nuestros vates ha podido, hasta hoy, presentar juntas estas cualidades en tan alta expresion como él lo hace. En esto principalmente consiste su mérito y la nombradía de que justamente goza.»

Sus *Pequeños poemas* son tambien obras notabilísimas y que le han creado un nombre inmortal. Pero una de sus grandiosas producciones, aparte de *El personalismo*, *Lo absoluto* y *La filosofía de las leyes*, bastantes por sí solas á hacer la reputacion de un consumado maestro de filosofía, es el *Drama universal*.

Gran poeta, orador elocuente, hábil polemista y profundo filósofo, quedábale el teatro, y á él llevó entre otras obras (*El palacio de la verdad*, *Guerra á la guerra*, *Dies iræ*, *El honor*, etc.) *Cuerdos y locos*, aplaudidísimo drama en tres actos y obra quizá la más acabada de todas las del poeta.

En Marzo de 1862 ingresó en la Academia española, leyendo un brillante y profundísimo discurso de recepcion.

En cuanto á su vida política, fué Gobernador además de esta provincia, de la de Alicante y Valencia, en donde dejó imperecederos recuerdos, como así lo prueba el haber dado tambien Alicante su nombre á una de sus plazas.

Ha sido elegido diputado en casi todas las legislaturas desde que entró en la vida pública.

Desde el periódico *El Estado* sostuvo polémicas con Castelar y otros, á propósito de *Fórmula del Progreso*, defendiendo la doctrina moderada. Los artículos de esta polémica fueron coleccionados en un libro en 1862.

Campoamor tiene la recomendabilísima cualidad de haber luchado siempre por las ideas, no por los hombres; no por su propio medro, sino por la ciencia.

Amigos y adversarios reconocen en él una gran virtud, rara en nuestros dias; la de la lealtad y de la consecuencia.

La restauracion le llevó á la Direccion general de Beneficencia y Sanidad y luego al Consejo de Estado, donde hoy continúa prestando sus servicios. Esta ha sido su carrera política.

A la sola lectura de sus obras literarias cualquiera creería que eran inspiradas la mayor parte de ellas por un escepticismo frío y seco; pero esto no es mas que la forma, y si se quiere, una exuberancia de su ingenuidad y sencillez, porque su fondo no puede ser más poético ni más delicado.

Campoamor, por sus concepciones, es un verdadero génio que no tiene rival. Por ellas y por su consecuencia es digno de admiracion y de respeto.

B. Montiel.

Sección Científico-Literaria

BREVES IDEAS SOBRE LOS TERREMOTOS Y VOLCANES

Continuacion. (1)

VII.

LOS VOLCANES.

El gran horno que arde en el interior del planeta, tiene válvulas de seguridad por donde vomita las llamas que incendiáran toda la tierra ó los vapores que la hicieran estallar, si encerrados en esa gran marmita, no pudieran respirar. ¿Y quién sabe si son las bocas del aparato respiratorio de ese sér organizado llamado tierra?—El fuego se apaga si el oxígeno no ayuda á la combustion; ¿por qué, por esos espiráculos no pueden entrar corrientes de la atmósfera á sostener esa combustion, que es precisa para la vida de todos los animales y plantas terrestres, como es necesario para la vida del individuo el calor interior de sus entrañas?

Oree la ciencia moderna que el fin del mundo, ó mejor dicho, la muerte de la tierra y con ella la del hombre, ha de suceder despues de muchos siglos á causa del enfriamiento de aquélla, así como del de el astro central; luego será una muerte parecida á la de cada mortal que se queda frío y rígido como un mármol.

Se extrañará que llame á la tierra sér organizado; pero lo hago en el sentido de ser parte del organismo entero del universo, y en el de vivificar por su virtud las plantas, y éstas á los animales, pues no sin fun-

(1) Véase el número anterior.

damento dijeron los antiguos, que es la nodriza de todos los seres vivientes sobre ella. Deucalion y Pirra tiraban piedras sobre la misma, y al tocar se convertían en hombres y mujeres, porque esta fué la primera pareja, según la Mitología, que volvió á poblar el mundo después del gran diluvio.

El origen de la humanidad, dice la fábula pagana, procede de la estatua de barro modelada por Prometeo, á la cual infundió, con auxilio de Minerva, una centella del fuego sacro (el alma). Se enlazó con Pirra y sus hijos formaron la humanidad; mas era tan perversa, que Júpiter, la quiso castigar, y desatando Neptuno, por su orden, las aguas aprisionadas, desbordándose los mares, ríos y fuentes, cubrieron toda la tierra, á excepcion de la cumbre del Parnaso.

La dichosa pareja, que vivía y reinaba todavía en la Tesalia, se arrojó en débil barca á merced de las aguas; pero protegida por el padre de los dioses por su constante virtud, arribó, por fin, á la divina cumbre; y mermadas las aguas, bajaron á consultar al oráculo de Temis, situado al pié de la montaña, y les dijo la diosa: «Salid del templo; veláos el rostro; desceñid vuestras ropas, y arrojad á la espalda *los huesos de vuestra madre.*» Meditaron cuál sería su madre, y cuáles sus *huesos*. Acertaron que su madre era la tierra que los alimentaba, y sus huesos, las piedras que la sostienen. Practicaron lo que se les mandaba, y resultó lo que digo al principio. Procede, por tanto, la humanidad de las insensibles rocas.

Por donde vemos que, aunque oculta bajo el velo de la fábula, tuvieron noticia los griegos del diluvio universal, lo atribuían á los vicios de los hombres, y se salvaron los justos para continuar la humana procreacion.

No ménos llama la atención, que á la tierra la distinguieran con dos nombres: *Ge*, esposa de Urano, representación de la tierra apenas formada, inorgánica; y *Rhea* ó *Cibeles* unida con Saturno, ó sea con el tiempo, siendo ya *Caligenia* ó gran generatriz y nodriza de todo ser viviente, como la distinguió Moisés llamándola: *hárets* en el primer caso, y *hadamá* en el segundo, tierra roja, tierra vegetal, de la cual formó Dios al hombre, de donde le vino el nombre de *Adam*.

Esplicaron también por fábulas mitológicas los antiguos los volcanes, llamándoles las fraguas de los Cíclopes, de aquellos co-

losales gigantes forjadores de los rayos de Júpiter.

Así describe Virgilio el Etna en el libro tercero de la *Eneida*: «Aquel espacioso puerto cerrado al acceso de los vientos, es pacífico, pero cerca truena el Etna entre horrosas ruinas; unas veces lanza á los espacios una nube de humo, negra como un torbellino de pez, con candente pavesa, y levanta globos de flamas y lame las estrellas; otras eructando vomita peñascos y las desgajadas entrañas del monte y aglomera en el aire con estruendo rocas derretidas y rebosa, hirviendo, del profundo seno. Es fama, que el cuerpo de Eucélado, medio abrasado por un rayo, está oprimido por aquella mole y que además el enorme Etna sobrepuesto, exhala llamas rotos los hornos; y cuantas veces el gigante cansado cambia de lado, retiembla con marmullo toda la Sicilia y se cubre el cielo de humo.»

De modo que la causa de estas erupciones era el movimiento del titan Eucélado al cambiar de postura. Cuanta sabiduría encierran las personificaciones y alegorías de la Mitología griega y romana, no es necesario demostrarlo; es demasiado sabido para los amantes de las letras; pero no es general el conocimiento de la enigmática clave. Siento no disponer de más espacio para poder dar algunas pruebas.

Pero, volviendo á nuestro asunto principal, diré: que los volcanes tienen su objeto como todo lo creado por la mano de Dios: no son solamente agentes de destrucción, sino creadores de riquezas inmensas. Las erupciones primitivas contribuyeron poderosamente á transformar la superficie de la tierra. No han sido solo cenizas y escorias lo que ha salido de sus cráteres. Ricas venas de hierro, cobre, plata y oro ha observado Darwin en las cordilleras de Chile cruzando las capas sedimentarias, siendo más propias del terreno granítico. Todas las materias cristalizadas que forman las codiciadas piedras preciosas, deben á ellos su existencia.

Mr. Mitscherlich se propuso la reproducción artificial de los minerales por medios análogos á los empleados por la naturaleza, y logró obtener, entre otros, el granate y el rubí.

El diamante de los reinos de Golconda y de Visapur en la India, del río Goél y de la mina Pastéal al pié de los montes de Gates, así como los de Serra-do-Frio en el Brasil; el Zafiro de Bisnagar, Cambaya, isla de Ceylan y de Bohemia; el topacio del Brasil,

Nueva Zelandia, Siberia y de los montes Urales; la esmeralda del Perú, Bogotá, del Atlas, los Urales, Francia y Suecia; el granate del Lapon, Suecia, Escocia, Alemania y Francia, y otras muchas fundidas á muy altas temperaturas en el crisol natural, se han solidificado cristalizando en las entrañas de las rocas, de donde son arrancadas para hermosear la forma humana en lo físico, y excitar la codicia en lo moral; pero en último término acumulando riquezas incalculables en las más afortunadas naciones.

De los volcanes ya apagados, unos se han convertido en lagos; otros despiden gases depositando azufre, alumbre y borax, tomando el nombre de *Solfataras* y otros están completamente extinguidos.

La influencia de los volcanes en la atmósfera, ha explicado la existencia de vegetales fósiles propios de la zona tórrida, hallados en las heladas regiones del Norte.

L. Sarrat.

(CONCLUIRÁ.)

DESPEIDIDA

A LA SEÑORITA D.^a CAMILA ALBAREZ SEARA,
AL MARCHARSE Á ORENSE

Amores da miña terra
te roban ó corazón,
é siento eu por á tua
o mais falaguero amór.
Cando na veira do Miño
te falen de Castellon,
acaso chores, ¡tontiña!
si non há terra mellór
que aquela en que se ha nacido,
é la tua quiso Diós
que fora de las mais bellas
quen há dó mundo ó redór.
Vaite contenta, rapaza,
vaite lá con ilusión,
e recorda cando nena,
jugades o arrededór
do jardin, para pillár
barboletas de colór.
Vaite contenta é alegre
á nai de teú corazón,
é a teú pai cuitadiño
c'os profesan tanto amór;
e cando por vez primeira
oigas á gaita é tambór,
acordate dos amigos
que dexaste á Castellón.

S. S. S. S.

24 Marzo 1885.

LA NOCHE DE DIFUNTOS

(HISTORIETA DE ULTRA-TUMBA)

I.

La mala tarde que hacia el dia 1.º del mes de Noviembre de aquel año, era causa de que todos los cafés de la capital y especialmente el de *Las tres Gracias*, estuviesen más concurridos que de ordinario, pues en ellos encontraba el público de *café solo*, y el de *con leche y media de abajo*, un abrigo donde resguardarse del fuerte viento, que locamente discurría por esas calles de Dios.

Me encontraba yo en casa cavilando la manera de pasar la tarde sin aburrirme. y la noche sin ver el *D. Juan Tenorio*, cuando vinieron á sacarme de mis cavilaciones y de mis casillas, varios amigos, que dieron algunos minutos despues con mi persona y sus humanidades, en el antes citado café de *Las tres Gracias*.

Una vez allí, Miguel, el camarero que de ordinario nos servía, trajo á la mesa que ocupábamos un café por barba, y tantos cigarros de quince céntimos como cafés. Nosotros le dijimos que añadiera el extraordinario de una botella de *cognac*, y tantas copas, como cigarros, cafés y barbas habia en la mesa.

El ron ardió, y ardieron los *peninsulares*; las cucharillas se movian, y se movian las lenguas; aquéllas para disolver el producto de la caña de azúcar en su paisana la aromática infusión, y éstas para hablar de multitud de cosas, y con especialidad de mujeres, política y toros; conversaciones que son tratadas con harta frecuencia por los españoles, y que nadie puede dudar sean el verdadero fundamento de la felicidad de la nación.

De un discurso de Castelar á un *volapié* en los *rubios*, y de estos *rubios* á los ojos de tal ó cual morena, vinimos á dar por último en la botella de *cognac*, que quedó de nuestro tiento con ménos de la mitad de su contenido.

Uno de los presentes, natural de Sanlúcar é hijo de un rico cosechero de aquella localidad, abriendo un paréntesis en la conversacion, propuso que nos marchásemos á su casa á probar una *manzanilla* procedente de las *solerias* de su padre, y apoyó su proposicion con la perspectiva de una tarde de baile con unas vecinitas suyas, costureras por más señas. Acogimos con entusiasmo su idea, y despues de pagar el gasto á Miguel, nos

dirigimos hácia su domicilio, que momentos despues fué tomado por asalto, con no poco escándalo de los vecinos devotos, que no comprendian como hubiese gente, que de tan santo y santificado dia, hiciese tan poco caso.

Por desgracia ó por fortuna las costureras no quisieron admitirnos en su casa, y nos tuvimos que conformar con bailar unos con otros, lo cual es bastante *soso* y de muy *mala sombra*, como diria un amigo mio que está por lo *flamenco*.

La falta de mujeres se suplió con aumento de *manzanilla*, y al cabo de una hora ya habia dos roncando sobre un divan. Los demás se mantenian con una firmeza relativa: en cuanto á mí comprendia que me faltaba poco para seguir el ejemplo de los que, como diria un aficionado á las figuras, estaban en brazos de Morfeo.

De pronto sentí que me desaparecia el sueño, gracias á un fuerte campanillazo que dieron en la puerta.

II.

Ya comenzábamos á llenar de impropiedades al inoportuno que venia á interrumpirnos, cuando se presentó el criado de mi amigo con una carta á mi direccion que copio íntegra. Decia así:

«Si conservas todavia en el fondo de tu corazón un resto del amor que en otro tiempo me tuviste: si deseas complacer en algo á la que llamaste tu ídolo y que lloraste *un dia* porque desapareció de la tierra; me harás el favor de venir esta noche á las doce en punto al cementerio, do reposan mis cenizas, pues ya tengo obtenido el consiguiente permiso, para hablarte de un asunto de mucho interés.

«Te espera tu

Mercedes.»

Mucho me hubiera incomodado si la estupefaccion me hubiera dejado incomodar, de la pretension de mi ex-amada y de la cita que con billetito de ultra-tumba me pedia; sin embargo, la curiosidad por una parte, y por otra, la manera rendida de pedirme el *favor*, me decidieron á conceder uno más á quien tantos me habia pedido cuando pertenecia á este divertido mundo que llaman valle de lágrimas.

Miré el reloj y ví con estrañeza que señalaba las diez y media. Me bebí la última *caña* y me despedí de mis amigos, sin decirles donde iba, á pesar de sus repetidas instancias.

Bajé la escalera y me encontré en la calle por la cual no pasaba *alma viviente*, á pesar de que habia cesado el viento de la tarde, dejando una noche estrellada y primaveral. Encendí un cigarrillo de papel y eché á andar por el camino que conduce al tranquilo y solitario asilo de *los que fueron*.

Cuando salí al campo, dejando á mis espaldas la ciudad, que dibujaba en el claro-oscuro del cielo las siluetas de sus torres y los perfiles de sus campanarios, empezó á presentármese el paisaje bajo un aspecto tan fantástico, que estaba dudando si aquel sitio era el que necesariamente habia de ser, ó si por un poder mágico me encontraba en uno de esos parajes que la imaginacion exaltada de los poetas suelen crear.

La noche, como antes he dicho, era primaveral, y sin duda la luna, atraída por sus encantos, asomaba su macilenta faz entre dos pequeñas nubecillas que reflejaban su blanquecina luz.

En toda la extension del cielo, se veian millares de estrellas que semejaban infinidad de clavos de oro, que una inesperta mano hubiese colocado sin órden ni concierto sobre un inmenso terciopelo negro.

Ya hacia más de un cuarto de hora que caminaba, y no obstante la ciudad se distinguia á mis espaldas con la misma claridad que á los pocos minutos de salir de ella; no parecia sino que una mano titánica habia lanzado en mi persecucion su enorme y oscura mole.

Por un efecto enteramente contrario, el cementerio, que debia estar más de hora y media de la ciudad, avanzaba á mi encuentro, cual si me quisiese aplastar contra ella.

Al poco tiempo llegué á él, ó mejor dicho, llegó él á mí. La puerta estaba abierta de par en par. Penetré en el recinto.

III.

Nada más poético, más encantador, ni más delicioso, que aquel cementerio iluminado por la luna y perfumado por la brisa, que se llevaba prendido entre sus frescas é invisibles vestiduras, el suave aroma de las flores, que crecian bordeando los sepulcros y al pié de los graves y puntiagudos cipreses.

Un silencio profundo reinaba en aquel pueblecillo de nichos y panteones.

Me senté junto al sencillo cenotafio de Mercedes, y allí empecé á entregarme á mil filosóficas reflexiones, que fueron interrumpidas por doce campanadas que sonaron tris-

tes y con apagado metal, en alguna invisible torre formada por las nubes.

Cuando las ondas de la última vibración se perdieron en el infinito, empezaron á cruzar ante mi vista una multitud de intangibles sombras que, ora formando cerrillos entre sí, ora paseándose solas, ora permaneciendo invisibles, llenaron en pocos minutos el ámbito del campo santo.

De pronto percibí á mis espaldas un melancólico suspiro que me era muy conocido.

Me volví rápidamente, y en un sencillo y elegante balconcillo de mármol que tenia el panteon de mi ex-novia, distinguí una mujer que vestia el blanco traje con que fué enterrada Mercedes.

Me acerqué á ella y ví que lo que me pareció mujer no era mas que un espantoso esqueleto que, á pesar de estar coquetonamente engalanado, dejaba mucho que desear, en punto á hermosura.

Una voz que me habia sido muy dulce en otro tiempo, salió de las cavernosas mandíbulas de la calavera para pronunciar mi nombre.

—¿Eres Mercedes? dije lleno de espanto.

—La misma que viste y calza.

—Deseo que me expongas el motivo de tu estraña cita.

—El de verte únicamente. Sé que si te hubiese llamado para eso, no te hubieses dignado venir; así es que me he valido de una excusa que me dispensarás en gracia al cariño que te profeso, y que no ha podido borrar ni la muerte ni mi matrimonio.

—¿Cómo?....

—Sí, amigo mio; tú ignoras que los muertos podemos casarnos y ser más felices que vosotros en la tierra; sin embargo, el amor inmenso que te tengo empañó la felicidad de mi muerte; hoy he estado todo el día desvelada pensando en tí.

—Gracias. ¿Pero dormís?

—Desde que rompe el alba, hasta que dan las doce de la noche, no podemos abandonar nuestras moradas; y no sabiendo en qué emplear el tiempo, dormimos á *livia suelta*; pero desde el momento en que llega la media noche nos alzamos de nuestros ataúdes, para entregarnos á nuestros entretenimientos.

—Desearía conocerlos.

—Cada cual se inclina á los gustos que tuvo en el mundo; los tontos aman, los discretos se rien del amor: mira aquellos dos á quien tú no oyes porque no estás acostum-

brado á su *mudo* lenguaje; son dos militares que se quejan de la mala calidad del tabaco; aquellos conspiran, los de más allá....

—Segun eso, ¿aquí os conocéis todo el mundo?

—Sí; y no solamente los de este cementerio, sino los de diferentes países, y todos los que han muerto desde la creación del mundo hasta *vuestros días*, nos visitamos; anoche mismo estuvieron á verme, Adán con su señora, Nabucodonosor I y Maquiavelo; este último ha intimado mucho con mi esposo, que en vida conspiró contra D. Pedro el Cruel, y que hoy es un *calavera*.

—Lo creo.

A este punto llegábamos en la conversación, cuando se cortó ésta por un accidente imprevisto, que dejó la *pava á medio pelar* y sin esperanzas de que pudiéramos despojarla de las plumas que le quedaban.

Hacia un segundo que habia visto extenderse por el suelo una prolongadísima sombra, que rápidamente se acrecaba á nosotros; yo estaba de espaldas al objeto que la producía, pero Mercedes, que alzó la vista cuando yo pronuncié las últimas palabras, dió un grito y se escondió en su panteon.

Me volví atardido y me hallé frente á un alto y fornido esqueleto, que me dijo sin preámbulos:

—Caballero: ¿con qué derecho hablabais á mi esposa? Estaba por deciros que uno de los dos sobra en el mundo; pero como ya hace algunos siglos que faltó de él, y no puedo sobrar en ninguna parte, castigaré vuestra insolencia haciéndoos mi igual.

No me dejó contestar el bruto del esqueleto, pues me atizó tan terrible huesazo, que no me dejó mas momentos de vida que los suficientes para maldecir á Mercedes, que por un capricho me habia conducido á aquel trance

IV.

—¡Compadre, despiértate, que son las doce! ¿No me oyes? ¡Valiente turca cojiste anoche!

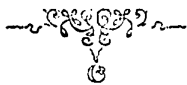
—¡Eh! ¿qué dices?

—¡Que te levantes, hombre, que te levantes!

Miro con estrañeza á mi alrededor y me encuentro tendido en un divan de casa de mi amigo. Los compañeros de la noche anterior ya se habian marchado, y yo, cediendo á las instancias de mi *huésped*, me quedé á

almorzar con él, prometiendo contarle en la mesa el sueño de mi *pítima*.

N. de Leyva Viscotto.



Crónica de la Semana

CASI, y aun sin casi, podría ahorrarme el trabajo de escribirla.

Nihil novum sub sole; nada hay nuevo bajo el sol que nos alumbrá.

El Castellon de esta semana es el Castellon impávido, soso, aburrido, es el Castellon de los días en que nada acontece, en que nada se celebra, en que nada distrae el ánimo, ni fija la memoria.

Cuando sepais de algun cronista entrometido y parlanchin en demasía, dadle una semana como la últimamente transcurrida.

Es, sin duda, el mejor antídoto.

* *

Las gentes devotas van á la iglesia, donde entusiastas misioneros hacen deducciones más ó ménos acertadas de las máximas del Evangelio; los que en algo más que en sermones gozan, van á presenciar en el teatro del Nuevo Casino, única manifestacion dramática castellanense, la despedida de la compañía que dirige el señor Torrecilla; algunos se dejan ver en los descuidados paseos de Ribalta; muchos se recluyen en círculos y sociedades; eso es todo.

Y todo es nada, como dijo Campoamor y yo, por mi desgracia, oportunamente recuerdo.

* *

Consolémonos al ménos con una buena noticia.

La subasta del material para el ferrocarril de nuestro puerto, desierta en este Gobierno civil, ha tenido postor y ha sido adjudicada en Madrid, donde simultáneamente se celebró en la Direccion general de Obras públicas.

Ahora, que no se pierda el tiempo, y que los trabajos adelanten como conviene y se desea.

* *

Cubriéronse los almendros de flores y vino tras ellas la primavera como un monarca tras la cohorte de sus mensajeras avanzadas.

Pero el indómito ambiente se muestra frio y el viento recrudece invernal, que tambien la naturaleza se subleva á veces como los pueblos, y resiste al dominio de los nuevos señores.

Las sediciones populares suelen causar estragos en el organismo político; las de la naturaleza los causan en el organismo individual.

¡Y no pocos resfriados y pulmonías que nos cuestan!

Semanas como la última, no son para el cronista; pero indudablemente son para el médico.

* *

Asistia á un enfermo uno de los ménos beneméritos de esa benemérita clase.

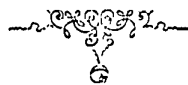
Sus conocimientos no eran grandes ni seguros, y nada encontraba para cortar el paso á la rápida enfermedad.

Entre tanto el paciente, que sufría una pulmonía aguda y no estaba en disposicion de aguantar perplejidades, espiró, como era natural.

—¿No le parece á V. que le hubieran convenido un par de sangrias? decia luego al médico un hijo del difunto, llorando ante el cadáver de su padre.

—Pero desdichado, contestó el médico saliendo de su marasmo, ¿por qué no lo decia V. antes?

Fabricio.



Seccion Oficial

ADMINISTRATIVA Y DE CONSULTAS

FACIENDA.—R. O. de 13 de Marzo 1885 resolviendo á una consulta del Delegado de Castellon «que así la base 3.^a de la Ley de 31 de Diciembre de 1881, como las demás disposiciones administrativas que hablan de *provincia*, al efecto de la legalizacion de las escrituras, deben interpretarse en el sentido de que se refieren con dicha palabra al territorio que comprende una Audiencia ó sea el distrito notarial, y que estimándose esta resolucio de carácter general, tenga la debida publicacion en los periódicos oficiales.»

(Gaceta 24 Marzo.)

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARMENGOT
Zapateros, 52 y 54